

Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 8 (1996)

Artikel: Literatura de matrimonio : Península Ibérica, s. XIV-XVI
Autor: Brandenberger, Tobias
Kapitel: Espejos de señoras generosas I : Christine de Pizan en Portugal
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-840953>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 12.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

II. 3. ESPEJOS DE SEÑORAS GENEROSAS I: CHRISTINE DE PIZAN EN PORTUGAL

Como el *Llibre de les dones* de Francesc Eiximenis y las cuatro obras consideradas en el capítulo primero de esta parte, también los textos que trataremos a continuación intentan ofrecer modelos y desarrollar normas para el comportamiento femenino. Pero al contrario de los tratados vistos hasta aquí, cuya doctrina tiene en cuenta a la mujer en general, los dos libros didácticos que nos interesan en este y en el próximo capítulo se caracterizan por dirigirse a un público femenino muy especial, cuyo papel recibe un tratamiento privilegiado: el famoso *Livre des trois vertus*, que Christine de Pizan acabó en 1405 y que fue dos veces traducido al portugués, y el *Jardín de nobles doncellas*, un doctrinal redactado por Fray Martín de Córdoba hacia 1468, se proponen la instrucción de futuras reinas.

Evidentemente, tal peculiaridad sugiere relacionar estos dos textos con otro género: el de los espejos de príncipes. En lo que sigue demostraremos, sin embargo, que no se haría justicia ni al *Livre des trois vertus* ni al *Jardín de nobles doncellas* mediante una simple adjudicación a este género de textos; demasiadas son las características específicas que resultan de la peculiaridad de que estos dos tratados se dirijan a un público femenino y que obligarían a hablar de un verdadero subgénero «espejos de princesas». Pero aún es más, entre los tratados de Christine de Pizan y de Fray Martín de Córdoba, ambos escritos para futuras reinas y en circunstancias parecidas, existen divergencias notables, relacionables con varios factores, tales como la personalidad, la formación y el sexo de su autor, sus intenciones, el público perseguido; factores que repercuten en los enfoques, los contenidos y, no en último lugar, en la suerte ulterior de las dos obras y que confieren a cada uno de los textos una idiosincrasia propia muy singular.

Christine de Pizan (~1365-¿1430?)¹³⁰, la primera autora profesional en la historia de la literatura francesa, durante mucho tiempo no recibió la atención imparcial y el aprecio justo y objetivo que habría merecido¹³¹. Su contribución a las letras francesas (y a la literatura de la Edad Media en general) fue primero sistemáticamente desatendida, depreciada y mal interpretada, con toda probabilidad precisamente porque una mujer medieval que no solamente escribió, sino que además tuvo el valor de defender en varios de sus libros a su propio sexo contra los ataques de sus colegas contemporáneos, no sólo constituyó un fenómeno excepcional para su época sino también para la crítica literaria (masculina) de otros siglos¹³². Más tarde, la singularidad de su persona y de su obra, llevaron a otros críticos y, sobre todo, críticas a reivindicarla como paladina de su propia causa, presentándola como primera feminista¹³³ —con la reacción lógica de otras investigadoras que insistieron en el conservadurismo de las posiciones defendidas por Christine¹³⁴.

130 Para visiones de conjunto, remitimos a las monografías de McLeod (1976), Pernoud (1982), Willard (1984a), Brabant (1992a) y Zühlke (1994a). Sigue siendo útil el estudio pionero de Pinet (1927), aunque muchos de sus asertos fueron superados por los progresos de la crítica.

131 Claudia Probst, que resume y analiza la evolución de las posiciones críticas sobre nuestra autora, dice acertadamente: «Die Marginalität Christine de Pizans hat [...] eine sachbezogene Beschäftigung mit ihrem Werk oft verhindert und dazu geführt, dass die literaturwissenschaftliche Diskussion um ihr Oeuvre, die bisweilen von ungewöhnlicher Schärfe und Polemik geprägt ist, häufig weniger über eine Schriftstellerin aus längst vergangener Zeit aussagt als über das Verhältnis des jeweiligen Sekundärliteraten zur Rolle der Frau in seiner Zeit.» (Probst 1993: 1).

Para una visión sobre la crítica cristiniana y el estado actual de la investigación, véase Kottenhoff (1994: 12-21). La recepción de Christine en los siglos pasados viene examinada por Earl Jeffrey Richards (Richards 1991a); de las usurpaciones y distorsiones de las que nuestra autora y su obra fueron víctimas a comienzos de nuestro siglo se ocupa Margarete Zimmermann en una contribución reciente (Zimmermann 1995b).

132 El ejemplo más famoso y que mejor ilustra a qué grado de desdén, condescendencia paternalista y falta de voluntad para ocuparse seriamente de los textos llegó cierto sector de la crítica es el de Gustave Lanson que no podemos dejar sin citar: «Ne nous arrêtons pas à l'excellente Christine de Pisan, bonne fille, bonne épouse, bonne mère, du reste un des plus authentiques bas-bleus qu'il ait dans notre littérature, la première de cette insupportable lignée des femmes auteurs, a qui nul ouvrage sur aucun sujet ne coûte, et qui pendant toute la vie que Dieu leur prête, n'ont affaire que de multiplier les preuves de leur infatigable facilité, égale à leur universelle médiocrité.» (Lanson 1903: 162s.); una opinión cuya persistencia fatal ha puesto de relieve Renate Baader (Baader 1994).

133 Esta tendencia se constata desde las tesis doctorales de Mathilde Kastenbergh (1909) y Rose Rigaud (1911). Otros autores se adhirieron a esta visión ahistórica y poco diferenciada, que llegó a ser *communis opinio* para toda una generación de investigadores. Cf., por ejemplo: Abensour (1927), Kelly (1982), Lucas (1983), Kellogg (1989), Brabant (1991).

134 Sheila Delany desencadenó una verdadera *Querelle des féministes* entre la crítica cristiniana norteamericana, primero con su reseña *cristinoclasta* (debo el término a Otto G. Oexle

La controversia sobre la valoración de Christine como feminista *avant la lettre* o como reaccionaria, por improcedente que fuese en realidad, no sólo hizo daño. Por una parte, motivó enseguida varios intentos valederos de depolemizar el enfrentamiento; intentos que discutieron el uso indiscriminadamente actualizador del concepto de *feminismo* y que aseveraron la necesidad de reponer la obra de Christine dentro de su contexto histórico-cultural¹³⁵ en vez de leerla desde una perspectiva interesada únicamente en su aprovechamiento para fines ideológicos actuales. Por otra parte, aumentó el interés de los estudiosos que cada vez más comenzaron a dedicarse a la obra de esta autora; en los últimos años, se ha venido asistiendo a un verdadero *boom*, aún lejos de disminuir, de estudios sobre Christine de Pizan¹³⁶. Fue, en particular, su texto más famoso y más unívocamente comprometido, el *Livre de la Cité des Dames*, el que llamó la atención de los críticos; otros de sus escritos, entre ellos el *Livre des trois vertus*¹³⁷, que nos ha de ocupar en estas páginas, todavía merecerían ser estudiados mejor.

No es por un deseo oportunista de aprovechar esta coyuntura de estudios cristinianos, que incluimos en nuestra tesis el *Livre des trois vertus*. Por un lado, nos parece imprescindible analizar este libro en un trabajo que examina la construcción de los papeles de los sexos en la literatura didáctica bajomedieval de la Península Ibérica, puesto que se trata de un texto dos veces traducido al portugués, primero a mediados del siglo XV, después en la segunda década del XVI. Mientras que la primera traducción, el *Liuro das tres vertu-*

[1994: 207]) a la monografía de McLeod (1976) en la que llegó a tildar a Christine de Pizan con epítetos tan halagüeños como «literary hack» o «pompous reactionary sycophant» (Delany 1977-78: 701), calificando sus actitudes como «wisdom [...] of flattery and survival» o «general toadying» (*ibidem*, loc. cit.), y luego con un artículo (1987), en el que confiesa haber quedado «terminally bored by the tedious, mind-numbing, bureaucratic prose of *Cité des Dames*», «angered by Christine's self-righteousness, her prudery, and the intensely self-serving narrowness of her views» y «repulsed by the backwardness of her social attitudes» (todo *apud* Delany 1987: 182). La réplica de Christine Reno (1992) provocó otra contribución de Delany (1992), con la que la disputa se hundió definitivamente en los bajos fondos del mutuo descrédito.

135 Así, Gottlieb (1985), y, ya antes, Willard (1975: 92; 1981). Para el problema general, cf. ahora también Zimmermann (1995a).

136 Para informaciones detalladas acerca de la bibliografía de y sobre Christine de Pizan pueden consultarse: Kennedy (1984; 1992; 1994), Yenai (1989) y Zimmermann/De Rentiis (1994: 273-296).

137 Los estudios más importantes sobre el *Livre des trois vertus* son: el trabajo pionero de Mathilde Laigle (1912), los de Charity Cannon Willard (1950; 1966; 1975; 1981a; 1989b) y la «Introduction» a la edición crítica, preparada por Eric Hicks y ella misma (1989a). Otras contribuciones de interés: Bornstein (1981d), Lorcín (1987; 1988; 1995), Lawson (1987), Zimmermann (1991d), Dulac (1992b), Wisman (1992), Probst (1993) y Tarnowski (1995).

*des a jnssinança das damas*¹³⁸, se atiene estrechamente al original francés, la segunda versión (*Liuro chamado espelho de Cristina o qual falla de tres estados de molheres*¹³⁹) ofrece un texto algo distinto, comprimido en partes¹⁴⁰. Por otro lado, el *Livre des trois vertus* y sus traducciones portuguesas cobran un interés especial porque nos brindan la oportunidad de enfrentarnos con un libro que permite abordar la cuestión de si existe una «mirada femenina», distinta de los enfoques tradicionales, masculinos; una mirada que precisamente se debería poder comprobar en este único texto de autoría femenina, que fue leído en la Península Ibérica y que está dedicado al tema que nos interesa.

En el momento en que Christine de Pizan se pone a trabajar en la redacción de su *Livre des trois vertus* tiene cuarenta años. Son dos los elementos que conviene tener presentes para poder apreciar con justicia la obra que aquí nos interesa: la fama de nuestra autora en el momento de escribir el *Livre des trois vertus* y algunas particularidades de su biografía personal y literaria que ejercen un papel determinante sobre la nueva obra que está escribiendo.

En 1405, Christine era una autora conocida en su entorno cultural. Su actividad intelectual había durado ya diez años durante los que produjo una serie impresionante de textos de varia índole; pero también se destacó con una toma de partido decidida en la *querelle des femmes*, la primera gran controversia literaria en las letras francesas. Al mismo tiempo, se hallaba en una situación vital muy particular por haber quedado viuda y verse obligada a cuidar de su familia sin ayuda ajena —una situación que dejaría huellas a través de muchas de sus obras, sea por referencias autobiográficas explícitas, sea por un tratamiento particular del tema de la viudez.

Es peculiarmente notable también su gran preocupación por el papel de la mujer en la literatura y en la sociedad: el tema aparece ya en la *Epistre au Dieu d'Amours* (1399), en la que Christine critica tendencias misóginas y defiende

138 Así según el primer párrafo del manuscrito. Citaremos según la edición preparada por Dorothee Carstens-Grokenberger, *Christine de Pisans Buch von den drei Tugenden in portugiesischer Übersetzung* (1961), ya que sólo supimos de la nueva edición de este texto, preparada por Maria de Lurdes Crispim (1995), después de acabar la redacción de nuestro trabajo.

139 Según el frontispicio. Utilizamos la edición facsímil de 1987, preparada por Maria Manuela Cruzeiro.

140 Para nuestro análisis, nos basaremos en el *Livro das três virtudes*. Sobre las diferencias entre éste y la segunda versión (que aquí no tendremos en cuenta) podrá consultarse en breve nuestra contribución al *5º Congresso da Associação Internacional de Lusitanistas* (Oxford, 1996), «Christine de Pizan em Portugal: as traduções do *Livre des trois vertus* (= Brandenberger [en preparación]), donde proporcionamos una comparación más detallada entre las dos versiones.

su propio sexo. Con esta obra, la autora entra en la famosa controversia sobre la segunda parte del *Roman de la Rose* de Jean de Meun, en la que interviene¹⁴¹, después, con varias *epistres* y con su *Dit de la Rose* (1402). El interés por el papel de la mujer se nota, también, en su *Livre du duc des vrais amans* (1404-1405), donde previene a las mujeres contra los peligros del amor cortés. Pero donde más preponderancia cobra el problema femenino es en su libro más conocido, el *Livre de la Cité des Dames*¹⁴², con el que nuestro *Livre des trois vertus* está íntimamente relacionado. Con la *Ciudad de las Mujeres*, Christine construye un lugar alegórico donde se reúnen mujeres ejemplares del mundo bíblico, histórico y mítico y que al mismo tiempo cumple con una función de refugio para las lectoras hartas de ataques misóginos. La autora defiende a las mujeres, subraya sus calidades y capacidades e intenta animarlas y darles confianza en sí mismas.

El *Livre des trois vertus*, por su parte, proporciona lo que se podría llamar la aplicación práctica de la quintaesencia del *Livre de la Cité des Dames*: la instrucción de las mujeres que, como se había probado en la *Cité*, no eran inferiores a los hombres ni incapaces de aprender y de dedicarse a actividades intelectuales.

¿Cuál fue la ocasión concreta que motivó a nuestra autora, después de haber escrito una obra alegórico-teórica de tanta envergadura como lo es el *Livre de la Cité de Dames*, a elaborar aún una guía práctica para la vida femenina?

La destinataria del *Livre des trois vertus*, Marguerite de Nevers, era nieta de Philippe le Hardi, duque de Borgoña y mecenas de Christine. Esta princesa, explotada prácticamente desde su nacimiento para la intrincada diplomacia matrimonial borgoñesa, tuvo que casarse, en agosto de 1404, con Louis de Guyenne, heredero del trono francés (a cuyo hermano mayor, fallecido en 1401, había sido prometida a los siete meses). La joven esposa tenía once años cuando fue enviada a la corte. No se sabe quién encargó el doctrinal para la

141 Textos publicados por Eric Hicks: (Christine de Pizan, Jean Gerson, Jean de Montreuil, Gontier et Pierre Col, *Le Débat sur le «Roman de la Rose»*. Paris, 1977). Sobre el papel de nuestra autora en este debate, cf. Potansky (1972: 224-232), Brownlee (1988), Opitz (1990d) y, últimamente, Zimmermann (1993) y Solterer (1995a).

142 Los estudios sobre la *Cité des Dames* son ya legión. A él se dedican varias tesis alemanas y anglosajonas recientes: Brabant (1991), Tarnowski (1992), Young (1992), Anthony (1993), Kottenhoff (1994), así como una monografía de Quilligan (1991a). Rivera Garretas (1990a) y Opitz (1990a) dedican sendos capítulos de sus libros a la *Cité*. Artículos recientes que se ocupan de la problemática femenina o «feminista» en la *Cité* son: Kellogg (1989), Blumenfeld-Kosinski (1990), Brabant/Brint (1992b), McLeod (1992), McLeod/Wilson (1994), Enders (1994).

futura reina, pero es evidente que el *Livre des trois vertus* debería orientar el aprendizaje político y social de *Madame la Dauphine*. La autora misma hace constar en la dedicatoria a Marguerite:

pour ce que [...] vostre bon sens naturel vous induit et apprend a amer sapience et toutes les choses que elle demonstre por le desir que vostre tres noble courage a de vivre ou tamps a present ou en celui a avenir par l'ordre et administracion de raison en la maniere que doibt estre reglee et duite toute haulte princesse, je Cristine, vostre humble servante desireuse de faire chose qui plaire vous peust, [...] ay fait et compilé ou nom de vous et pour vous singulierement cestui present livre, lequel est a la doctrine et enseignement de bien et deument vivre aux princesses et generalment a toutes femmes [...] par le grant desir que j'ay de l'acroissement du bien et honneur de toute femme, grande, moyenne et petite [...].¹⁴³

El pasaje citado muestra, por un lado, el propósito didáctico de su autora, así como la intención de presentar su obra como un texto que conviene a la situación y a la destinataria concretas. Por otro lado, empero, se ve sin lugar a dudas que Christine se vale de esta oportunidad para escribir un libro que aspira a un provecho más amplio. Se dirige a una princesa, según todas las expectativas la futura reina de Francia, pero se propone instruir no solamente a la mujer a quien está dedicado su libro, sino a «toute femme, grande, moyenne et petite».

De hecho, la recepción del *Livre des trois vertus* no se limitó a la corte de Borgoña y al círculo de Marguerite. Nos ha llegado más de una veintena de manuscritos¹⁴⁴ que atestiguan la popularidad del texto en el centro y norte de Francia. Casi todos, con excepción del manuscrito conservado hoy en la Boston Public Library (que procede de la época en que nuestra autora trabajaba en París), son del segundo y tercer cuarto del siglo XV; y las características de muchos de ellos inducen a pensar en un público ya no formado exclusivamente por la alta aristocracia. Más tarde, aparecieron también tres versiones impresas, todas ellas dedicadas a Anne de Bretagne, que datan de 1497, 1503 y 1536 y que llevan el título *Le Trésor de la Cité des Dames*, evidenciando así su estrecha relación con el libro que la autora escribió inmediatamente antes del *Livre des trois vertus*.

Pero el *Livre des Trois Vertus* no sólo encontró una difusión extraordinaria en los territorios francófonos durante el siglo XV. Pocos decenios después

143 *Le Livre des trois vertus*, p. 3. Esta dedicatoria se conserva únicamente en el manuscrito 10973 de la Bibliothèque Royale de Bruselas y no fue traducida al portugués.

144 Para la difusión del *Livre des trois vertus* en Francia y su tradición manuscrita, cf. Laigle (1912: 34-37) y Willard (1966; 1989a).

de haber sido redactado, llegó a ser traducido al portugués, entre 1447 y 1455. La responsable de la transmisión del texto al oeste de la Península Ibérica parece haber sido Isabel de Portugal (1397-1471), duquesa de Borgoña¹⁴⁵. La hermana menor del rey Dom Duarte, casada desde 1430 con Philippe *le Bon* de Borgoña, ejerció una notable actividad de promotora de la vida intelectual en su corte, lo que no sorprende en absoluto si se tiene presente su fondo intelectual y cultural. Hija del rey Dom João I, autor del *Livro da Montaria*, y hermana de príncipes que también destacaron por sus inquietudes intelectuales¹⁴⁶, Isabel había vivido desde siempre en un ambiente especialmente rico en lo cultural. Fue ella, con toda probabilidad, quien envió un manuscrito del *Livre des Trois Vertus* a su sobrina y tocaya Isabel, hija de Dom Pedro, después de la prematura muerte del *Rei Eloquent*e y a consecuencia de los trastornos políticos que sacudieron el reino portugués¹⁴⁷. La joven reina, a su vez, mandó traducir a su lengua materna el *Livre des Trois Vertus*, que su tía le había hecho llegar. Así lo atestigua el comienzo de esta primera versión portuguesa:

Aquy se começa o liuro das tres vertudes a jnssinança das damas o primeiro capitulo devisa as tres uertudes per cujo mandamento Christina fez e conpillou o liuro da Cidade das Damas E lhe aparecerom outra uez e lhe mandarom que fizesse esta presente obra.// o qual liuro foy tornado de ffrances em esta nossa linguagem portugues per mandado da muyto exçellente e conprida de muytas vertudes Senhora e Rainha Dona Jsabel molher do muyto alto e muyto exçelente príncepe e Senhor Elrey Dom Afonso o Quyn to de Portugal e do Algarue e Senhor de Çepta. (p. 38)

145 Las circunstancias que provocaron el envío del *Livre des Trois Vertus* a Portugal y su traducción fueron detalladas por Charity Cannon Willard (1963;1967). El artículo de Bernard (1991), además de rebosar de errores en lo que se refiere a la comparación del texto original con las dos traducciones portuguesas y de volver a insistir, sin aducir indicios ni pruebas, en los asertos hechos por Carstens-Grokenberger (1961), nada aporta de nuevo. Sobre Isabel de Borgoña, cf., además, Sousa Viterbo (1905), Cardoso Gonçalves (1930), Looten (1938) y Resende (1995).

146 Sobre Dom Duarte (1391-1438) y su hermano Dom Pedro (1392-1449), véase el capítulo siguiente.

147 Muerto Dom Duarte en septiembre de 1438, surgieron graves discordias entre la nobleza portuguesa por el problema de su sucesión, ya que el heredero del trono, Dom Afonso V, sólo tenía seis años. Contrariamente a lo que había dispuesto Dom Duarte y a los deseos de la viuda, Leonor de Aragón (que habría debido ser regente durante la minoría de edad del infante), Dom Pedro, el hermano del rey fallecido, fue proclamado regente. Al fin, la reina no tuvo más remedio que abandonar Portugal. El matrimonio, en 1447, de la joven princesa Isabel, hija del regente, con su primo, el futuro rey, no logró poner fin a las discordias. El conflicto entre Dom Afonso que asumió el gobierno en 1448, y su tío y suegro Dom Pedro culminó en la batalla de Alfarrobeira (20-5-1449) donde murió Dom Pedro.

Para más información sobre los años conflictivos que siguieron a la muerte de Dom Duarte, cf. Baquero Moreno (1968; 1979-80).

Varios decenios más tarde, ya en el siglo XVI, el tratado de Christine de Pizan volvió a despertar la atención de otra soberana portuguesa. En 1518, la reina Leonor, viuda de Dom João II y, por lo tanto, nuera de la reina Isabel, hizo imprimir una nueva traducción portuguesa del *Livre des Trois Vertus* bajo el título *Espelho de Cristina*¹⁴⁸.

¿Cuál fue la aportación que estas dos traducciones portuguesas del *Livre des trois vertus* pudieron proporcionar a la literatura sobre el matrimonio y los papeles de los sexos en la Península Ibérica? Intentaremos, en lo que sigue, ofrecer una interpretación detallada del libro de Christine, estableciendo sus coordenadas temáticas y formales de mayor envergadura, examinando la cuestión básica de las relaciones de dependencia que existen entre las posiciones defendidas por el texto, su función y sus destinatarios (o, en un sentido más amplio, su público), y, no en último lugar, prestando particular atención al problema de la autoría femenina con el fin de verificar si tal peculiaridad repercute en el texto y permite, efectivamente, hablar de una «mirada femenina».

Pero antes de proceder a esta tarea, conviene hablar brevemente sobre la relación que une este libro con otra obra de la misma autora, redactada inmediatamente antes del *Livre des trois vertus*, el *Livre de la Cité des Dames*; una relación de dependencia que se presenta de forma muy distinta para los lectores franceses y para el público portugués, respectivamente. Para los que leían el *Livro das três virtudes* o el *Espelho de Cristina* y que no podían disponer de la *Cité des Dames*, el vínculo de su texto con ésta no pudo ser sino indirecto; pero es lógico que para el público francés, y sobre todo para la autora y las instancias a las que ésta cede la palabra en su tratado, el *Livre de la Cité des Dames* constituya el fondo omnipresente sobre el que se desarrolla todo lo que ofrece el *Livre des trois vertus*. Existe, pues, una diferencia fundamental entre los lectores franceses y el público portugués que no conviene perder de vista. Para hacer justicia a las intenciones de la autora, hay que tener en cuenta la relación entre la *Cité* y el *Livre des trois vertus*; por ello, referiremos sucintamente algunas de los puntos más importantes de esta obra, que nos ayudarán a comprender y a valorar bien el texto que nos interesa, sin olvidar, mientras tanto, que los lectores lusos se caracterizan, precisamente en este aspecto, por un déficit en el horizonte de expectativa que puede cambiar el contexto (y, hasta cierto punto, incluso el valor de ciertos pasajes) del *Livro das três virtudes* o del *Espelho de Cristina*.

148 *Espelho de Cristina*, fol. 48v. (colofón): «Por mandado dela muyto esclarecida reyna dona lyanor molher do poderoso y muy manifico rey dom juan segundo de portugal.».

El *Livre de la Cité des Dames* se abre con una escena ilustrativa: Christine describe su desconcierto ante la lectura de uno de los autores misóginos más conocidos, Matheolus. Ella no se explica la discrepancia entre su propia experiencia, que no le permite juicios negativos sobre el sexo femenino, y la opinión de autoridades incontestables que afirman la inferioridad de la mujer y su propensión al vicio. En su turbación, en la que amenaza desarrollar un verdadero complejo de inferioridad, recibe el socorro de tres figuras alegóricas: las virtudes Razón, Rectitud y Justicia. Las tres prometen ayudarle a construir una ciudad de mujeres que será el domicilio de todas las mujeres virtuosas.

Christine proporciona un análisis de las causas de la misoginia y defiende a las mujeres. A través de los dos primeros libros de la *Cité*, inserta de nuevo capítulos que rebaten los topoi misóginos que acusan a la mujer de ser engañadora, golosa, mojigata, intelectualmente retrasada, llorona, parlera, perezosa, disoluta, tornadiza, endeble y de entendimiento difícil, con otros que presentan a mujeres particularmente afamadas por su prudencia política, su valor, su sabiduría, su talento inventivo, su circunspección, su bondad, su lealtad, su constancia, su devoción, su castidad y su sigilo. Resalta así sus calidades, niega su inferioridad natural, afirma que como seres humanos creados por Dios tienen también el mismo valor¹⁴⁹ y prueba que disponen de las mismas capacidades morales, espirituales e intelectuales que los varones. Los autores que vilipendian a las mujeres quedan desmentidos. Christine les recomienda:

Or se taissent, or se taisent d'or en avant, les clers mesdisans de femmes, ceulx qui en ont parlé en blasme et qui en parlent en leurs livres et dittiez, et tous leurs complices et confors, et baissent les yeux de honte de ce que tant en [ont] osé dire a leurs diz [...] ¹⁵⁰

La autora ofrece todo un compendio de mujeres virtuosas del mundo bíblico, histórico y mítico¹⁵¹, mercedísimas habitantes de la ciudad alegórica que está construyendo. Todos estos ejemplos no solamente documentan de manera impresionante cuántas representantes ilustres de sexo femenino se pueden hallar para cualquier virtud; más aún, procuran animar a las lectoras y

149 *Cité*, p. 651: «Si n'ot pas honte le souverain ouvrier de faire et fourmer corps femenin: et nature s'en honteyeroit? Ha! la somme des follies de ce dire. Voire, et comment fu elle fourmee? Je ne sçay se tu le nottes; elle fu fourmee a l'image de Dieu. O! comment ose bouche mesdire de chose qui porte si noble empreinte?».

150 *Cité*, p. 751.

151 Sus fuentes son, en primer lugar, *De mulieribus claris* y el *Decameron*, de Boccaccio; para el marco alegórico de la *Cité* se inspira, evidentemente, en la *Civitas Dei* de San Agustín.

ayudarles a desarrollar una visión de su condición que se base en su propio criterio, a construirse una «memoria en femenino»¹⁵² y a darles un refugio contra los misóginos¹⁵³.

El *Livre de la Cité des Dames* emprende la defensa del sexo femenino en la teoría, apoyándola enciclopédicamente con la presentación de mujeres ejemplares. Enseña, por lo tanto, apenas indirectamente a su público, resaltando la ejemplaridad de las figuras enumeradas, que deberían servir como modelos a las lectoras. Las posiciones defendidas por Christine de Pizan en su *Cité* sólo se traducen a la práctica en modo potencial, con la excepción de algunas exhortaciones sucintas al final del libro¹⁵⁴. En el *Livre des trois vertus*, sin embargo, se ofrece lo que todavía no se hallaba en la *Cité*: aquí cambian la intención de la autora y la finalidad del texto. Del debate teórico se llega a la orientación práctica, a la instrucción concreta. Si en el *Livre de la Cité des Dames* se había afirmado que era errónea la opinión de que las mujeres no valían para nada, «fors de porter enffans et de filler»¹⁵⁵, y se había demostrado que las representantes del «sexo débil» eran muy capaces de tratar con eficacia los problemas de la vida, de ser miembros útiles de la sociedad y de asumir sus propias responsabilidades, ello no pudo tener otra consecuencia que la de emprender, con un nuevo libro, la tarea de facilitarles los consejos necesarios para que desarrollaran las calidades que las hiciesen dignas de entrar en la Ciudad de las Mujeres. Es este el objetivo del *Livre des trois vertus*: el de enseñar a las mujeres cómo pueden desarrollar y mantener calidades, útiles para la vida en su situación concreta. Es un designio didáctico que se expresa en la dedicatoria a Marguerite de Borgoña citada arriba, pero que también se trasluce en la escena que abre el nuevo libro:

Depois que eu ouue acabada per graça e ajuda do Senhor Deos e mandamento das tres Vertudes Razom Dereitura e Justiça a Cidade das Damas [...] me tornarom a aparecer aquellas tres gloriosas Senhoras dizendo todas pallauras dhũa sustança em esta guisa. • Como filha do estudo as tu ja esqueçido o estillo do teu entendimento e leixas estar seca a pruma do trabalho da tua mão deestra no qual te soyas tanto deleitar. [...] queremos que pois a morada das damas dhonrra he feta e aparelhada. sejam per Nos

152 Cf. Enders (1994). Ya antes, Judith L. Kellogg (1989) había propuesto una lectura parecida.

153 *Cité*, pp. 1031-1032: una ciudad «qui puet estre non mie seullement le reffuge de vous toutes, c'est a entendre des vertueuses, mais aussi la deffense et garde contre voz annemis et assaillans, si bien la gardez.»

154 *Cité*, pp. 1032-1035.

155 *Cité*, p. 746.

com tua ajuda pensados e buscados e fetos / laços redes engenhos. as qua-
aes tu estenderas pella terra lugares e praças per onde as Senhoras e ge-
eralmente todallas molheres. passam. / Affim que aquellas que som asperas
e duras damanssar possam cayr em nossas armadilhas de guisa que poucas
ou nenhũa escapem das que hi tocarem. e que todas ou a moor parte sejam
trazidas aa nossa cidade gloriosa. onde aprendam o doce canto daquellas
que senpre hi fezerom morada. (pp. 38s.)

Como vemos, la autora recurre de nuevo a las tres figuras alegóricas que ya habían aparecido en la *Cité* y que confieren al discurso un estatuto de verdad puesto que son presentadas como hijas de Dios.

En el *Livro das três virtudes*, sin embargo, se verifica un cambio importante en lo que se refiere a la importancia del marco y del estilo alegóricos. En el segundo texto, Christine aparta, por así decirlo, la alegoría y sus figuras, independizando el discurso mediante la supresión de los *verba dicendi* y mediante la reducción de las referencias a las figuras que lo pronuncian. *Razom*, *Dereitura* y *Justiça* aparecen en los dos primeros capítulos de la primera parte (pero siempre como colectivo sin diferenciar, al contrario de lo que se produce en la *Cité*), para retirarse cada vez más y volver sólo pocas veces hasta el final del libro¹⁵⁶; y sus consejos y explicaciones se articulan de una forma que hace olvidar que están siendo pronunciados por figuras alegóricas que en la *Cité* todavía habían estado muy presentes.

Esta diferencia tiene que ver, por un lado, con la función del *Livre des trois vertus*, distinta de la del *Livre de la Cité des Dames*; y, por otra parte, también con el público al que aspira la autora.

En lo que se refiere a la función del texto, se hace patente que el *Livre des trois vertus* es un texto predominantemente didáctico y no teórico-disputativo como la *Cité*; y con este cambio de orientación se relaciona, a nuestro entender, la sorprendente variedad de situaciones comunicativas, adoptadas muy hábilmente por la autora¹⁵⁷.

El libro se abre en primera persona: es la autora misma quien habla. Cuenta de su cansancio después de la redacción del *Livre de la Cité des Dames* y de la segunda visita que le hacen las tres virtudes que la habían orientado en el trabajo anterior. Es todavía la voz personalizada de la autora, que introduce las palabras de las tres virtudes y que vuelve después. Pero luego se asiste a

156 Lo mismo sucede con el yo de Christine, mucho menos presente en el *Livre des trois vertus*, como ha observado acertadamente Andrea Tarnowski (1995: 156).

157 Cf. también Lorcín (1995).

una transición sutil, por la que el yo de la autora se sustituye por la voz de las tres virtudes¹⁵⁸, en la primera persona de plural (por lo tanto, más personal) y apostrofando directamente el público. Poco después, sin embargo, el discurso cambia: a continuación, las enseñanzas de las tres ya no se formulan casi nunca en la primera persona de plural, sino en una tercera persona de singular (las más de las veces en un futuro categórico que anticipa el cumplimiento de los consejos) o en imperativos dirigidos a la receptora que es así directamente interpelada. El primer modo, más indirecto y por lo tanto también más reverente, se verifica sobre todo en los pasajes que se dirigen a las princesas y otras señoras nobles, mientras que las apóstrofes directas aumentan en el libro segundo y abundan en el tercero; aquí, la autora reduce la distancia entre las instancias pronunciadoras del mensaje y el público humilde, aplicando una estrategia de normativización inmediata.

Pero la polifonía es aún más compleja. Hay pasajes en los que surgen voces alternativas como las de la Tentación, Dios, la Esperanza, monólogos ficticios de las receptoras a las que el texto se dirige¹⁵⁹, o incluso modelos de un discurso que aquéllas podrán adoptar. Así sucede en el caso de la gobernanta que tendría que vigilar sobre el comportamiento de su señora: se esbozan posibles diálogos entre ella y la princesa requerida por un pretendiente que no le disgusta, enseñando a la primera cómo responder en tal situación, según las circunstancias concretas; o entre la gobernanta misma y el pretendiente; y a la misma receptora se destina un modelo de la carta que escribiría a su señora después de haberse ido de la corte por el comportamiento deshonesto de la princesa. Pero la voz de las receptoras no sólo se llega a oír en declaraciones prefabricadas por la autora para que aquéllas las emitan en una situación concreta; también son consideradas las posibles objeciones, dudas o preguntas de las lectoras que Christine formula para contestarlas luego. Así, en vez de enseñar simplemente por la transmisión de consejos formulados como máximas, la autora opta por una forma dialéctica que, siendo menos dogmática y rígida, llega a tener mayor eficacia persuasiva ya que insinúa que la autora toma en serio a sus destinatarias como potenciales interlocutoras.

158 *Três virtudes*, p. 39: «E eu Christina ouvido as uozes de minhas muy onrradas Senhoras chea dalegria corry e me pus em gíolhos ante ellas./ E me ofereçy aa obidiência de seus dignos mandamentos os quaees logo receby em / esta guisa. • Toma tua pruma e scriue / bem auenturadas serom aquellas que morarom em nossa cidade pera acreçentar o conto de nossas cidadãas [...]».

159 Así, por ejemplo, el monólogo de la princesa que se pregunta cómo alcanzará el paraíso (pp. 45s.), el de la prudente doncella que se exhorta a no tener envidia (pp. 100-102) o el de la vieja que se propondrá no criticar demasiado a las jóvenes (pp. 135-137).

La variedad de voces y de modos en los que la instancia normativa se puede articular son aquí, sin duda ninguna, estrategias textuales para lograr una mejor transmisión de la doctrina. La adopción de voces personalizadas y el frecuente cambio entre las varias opciones modales confieren más viveza y un carácter más inmediato al discurso normativo. La reducción de la alegoría y la renuncia a los ejemplos que habían inundado la *Cité de Dames*, en favor de los avisos directos, depuran y adelgazan el texto. Con todo ello, Christine opta por un procedimiento distinto del de la exposición más bien fatigosa de la *Cité*, precisamente porque su intención aquí es mucho menos la de informar, debatir o documentar, que la de instruir.

Para detallar bien los objetivos de este didactismo es imprescindible examinar más detenidamente cuáles son los mensajes que la autora intenta transmitir con su texto —una cuestión cuya discusión puede y debe ir acompañada, en el caso concreto, con reflexiones acerca del público que Christine de Pizan tiene en la mente; se evidenciará que contenidos y público se esclarecerán mutuamente.

Christine se propone instruir a las mujeres para ayudarlas a llevar una vida virtuosa y vencer las dificultades que se les puedan presentar. Este designio se declara explícitamente en el capítulo introductorio; además, queda claro que la doctrina expuesta no se dirige solamente a las princesas, sino que se considerarán también las necesidades de otras mujeres:

A todo o collegio femenyno e a ssua deuota relligiom seja noteficado o sermom e liçom da ssapientia./ E primeiramente [...] aas Raynhas e príncesas e outras Senhoras / desy seguindo de graao em graao cantaremos semelhaelmente nossa doutrina em todollos estados. das molheres affim que a deçeplina de nossa escolla possa seer vista de todos. (p. 39)

El *Livro das três virtudes*, pese a ser dedicado a una princesa, traspasa los límites tradicionales del género «espejo de príncipes» en lo que se refiere a los receptores. Veremos en seguida cómo se refleja esta preocupación por grupos demográficos menos privilegiados en una estratificación social de la doctrina.

Antes, sin embargo, quisiéramos averiguar qué sucede con los hombres. ¿Hasta qué punto están presentes ellos en este texto que se propone la enseñanza de las mujeres?

En una ocasión, Christine llega a excluir a los hombres explícitamente del campo de acción que abarcan sus advertencias. En el capítulo sobre el amor que la princesa debe a su esposo leemos:

Mas porque algũus nos poderiom aquy reprender dizendo que Nos fizemos comta sem descomtar / Ca dizemos geeralmente que toda molher deue amar seu marido e assi lho mostrar por ssynaaes / mas Nos nom fallamos se todos mereçem de sseer amados de ssuas molheres porque sabemos bem que hi ha de taaes que sse ham comtra ellas muy asperamente e sem algũu ssinal damor ou bem pequeno. • Aquy rrespondemos que nossa doutrina nom se enderença aos homẽes ajnda que a todos fosse neçessario seer emssinados / Mas porque fallamos soamente aas molheres esguardamos a sseu proueito por enssinar os remedios que podem ualler a esquiuar desonrra e dar boom comsselho a seguir o dereito caminho [...] (p. 61)

Por otra parte, hay también pasajes de los que se puede deducir que la autora tiene presente un público mixto. Así, la crítica contra el exceso en los vestidos no se dirige únicamente a las mujeres. Christine hace constar que, desgraciadamente,

qualquer se traz como melhor pode de qualquer estado que sseja. assi molheres como homẽes lhe parece que fazem melhor que os outros assi como hũuas ouelhas seguem hũuas as outras /. Assi as molheres e homẽes seguem hũus os outros que fazem nouidades de trajos e outras desordenanças de quaaes quer vestidos / E dizem quero fazer assi como os outros./ E verdade dizem que hũus sandeus sempre seguem os outros [...]. E estas cousas dizemos pera aquelles homẽes e molheres que per esta maneira querem ssuperdictar seus uezinhos (pp. 111s.)

También en su reprobación de la soberbia, la autora se dirige a los dos sexos:

E çertamente ffalamdo a todos aquelles que de ssemelhantes costumes se querem por prosunçom aleuantar em taaes soberuas. verdadeiramente grande sandiçe lho faz fazer / porque tu homem e molher se quiseses seer beem nenbrado da miseria do teu naçimento. onde agora es e onde as dhir. tu nom auerias nenhũa rrazom de sseeres soberuoso [...]. (p. 114)

Llama la atención que la extensión de los avisos a hombres y mujeres se da sobre todo en la segunda y en la tercera parte del libro. Al bajar por la escala social, el círculo de receptores se extiende también en cuanto al sexo. Esto significa que desde el punto de vista didáctico, la diferencia en la construcción de los papeles de los sexos se pierde hacia abajo.

En cuanto objetos del discurso descriptivo, los hombres están omnipresentes. Hallamos numerosas aseveraciones sobre la naturaleza de los varones, en especial sobre sus defectos. Son los hombres quienes causan conflictos políticos e incluso bélicos, ya que «som per natureza de mayor coraçom e

menos piadosos E o grande desejo que teem de sse vingar nom lhes da lugar de olhar bem os perygos que podem acomtecer» (p. 52); se dan a hablillas y calumnias; desconfían tanto del recato como de las capacidades administrativas de sus esposas; y, sobre todo, constituyen un peligro para las mujeres a las que intentan seducir y perder («dauer sua graça per desuairadas mostranças e maneiras que os homêes bem sabem fazer»; p. 85) —una amenaza constante contra la que Christine no se cansa de advertir:

[...] por uestir desordenado em maneira desonesta / hi ha hũu outro perygoso Inconueniente. E este he o maginamento dos sandeus homêes que podem quidar que ella o faça por seer conujdada e desejada per sandeu amor [...] Desy ha hi homêess de desuairados estados que prouarom e encaminharom per gram deligência de as cobrar em as seguindo per diuersos mostramentos e muyto se despoerom. (pp. 124s.)

Estos defectos masculinos no escapan a la atención de Christine; sin embargo, faltan amonestaciones dirigidas a los varones. Si apenas aparecen como objetos del discurso, mucho menos los encontramos como receptores de los consejos pronunciados por la autora que se dirige en primer lugar a las mujeres. Son ellas quienes tendrán que estar alerta para no perjudicarse; al mismo tiempo, no obstante, podrán (y deberán) ejercer una influencia correctiva sobre los representantes del «sexo fuerte», y muy concretamente sobre sus maridos —y esta obligación forma parte precisamente del papel que la autora prevé para la mujer y que examinaremos en lo que sigue.

Al examinar los papeles que Christine de Pizan asigna a las mujeres, salta a la vista desde un principio una peculiaridad que conviene subrayar, ya que constituye una de las claves principales para la comprensión del enfoque que orienta a la autora: por lo general, resulta completamente irrelevante si las mujeres de las cuales (y para las cuales) escribe Christine están casadas o no. Por cierto, se presupone que cualquier mujer puede ser (y, en la mayoría de los casos, probablemente será) una mujer casada; pero los papeles de la mujer en general y de la esposa en particular no se distinguen, salvo en poquísimos casos en los que el comportamiento de la mujer casada puede conllevar elementos específicos que tendrá que considerar. Nuestra autora se interesa por y escribe para todas las mujeres. Si bien es verdad que Eiximenis y los otros autores considerados hasta aquí también habían reivindicado validez general para sus posiciones, las pretensiones de Christine van más lejos: el que su perspectiva sea más global se muestra, en primer lugar, por su clasificación de las mujeres según la capa social a la que pertenecen.

A pesar de que el estatuto de la mujer viniese definido, tradicionalmente, por el criterio de su relación o no relación con un ser masculino, y, consecuentemente, por la forma de sexualidad que se adjudicaba a tal estado, siendo la mujer excluida del esquema clásico *oratores-bellatores-laboratores*¹⁶⁰, Christine no define a la mujer por medio de su vinculación con un ser masculino (padre o marido) o por medio de la ausencia de este rasgo (viudas y monjas, para las que Dios representa la autoridad masculina a la que se someten), sino por el lugar que ocupa en la sociedad. No se considera respecto a su relación con el varón bajo cuya autoridad se halla, sino respecto a su posición dentro de un conjunto humano del que forman parte tanto hombres como mujeres.

Es, por lo tanto, lógico que la autora, de acuerdo con su intención declarada de enseñar a las mujeres «de graao em graao», proceda a tratar las diferentes capas sociales, empleando una estructura simétrica, en este caso trimembre, que guarda relación con el contenido y que refleja, al mismo tiempo, el peso de las tres capas sociales tratadas y el peso numérico de las potenciales lectoras. El primer libro, que se dirige «a todas prinçesas e altas Senhoras» (p. 39), es el más largo y más detallado; la segunda parte, «a qual enderença aas senhoras e domzellas primeiramente aaquellas que andam em corte de grandes senhoras» (p. 92) no llega ni a la mitad de la extensión de la primera; mientras que la tercera, «a qual se aderença aas molherees destado. das boas uillas ou lugares e aas mulheres do comũu pouuo e depois aas molheres dos lauradores» (p. 119), es aún más corta.

La construcción de papeles para la mujer hace justicia a las diferencias sociales reales. Y aunque Christine subraye la existencia de constantes independientes de las diferencias de clase¹⁶¹, diversifica sus instrucciones según la posición de las mujeres que trata: empezando por la «sages prinçesa», que cumple una función ejemplar propia de todos los que reinan, y siguiendo por la gobernanta de la joven princesa, las damas y doncellas de la corte, las baronesas «que moram em ssuas terras uillas e castellos e aldeas» (p. 106) y otras

160 Cf. King (1980: 87), Hasenohr (1986: 25s.) y Shahar (1988: *passim*).

161 Estas se declaran *ex post* cuando Christine escribe al comienzo de la segunda parte que «Nom teemos preposito de rrelatar nem tornar a dizer o que ja dito teemos atras /. Ca serya trabalho sem neçessidade e nojo grande aos leedores / E serua o que he dito a todas. E cada hũa tome o que sentir que lhe aproueita a sseu bem E proueito de ssua alma e acreçemtamento de sseus bõos costumes. » (p. 93) y cuando vuelve a insistir más tarde en que «a nossa tençom he que todo o que recordado auemos aas outras Senhoras assi das uertudes como da gouernança do viuer pella guisa que a cada hũa mulher perteeçe de qualquer estado que ella seja / tam bem seja dito hũas como por as outras / desi podera cada hũa tomar a parte que vir que lhe conuem» (p. 120).

nobles «de pequena maneira que moram em quimtaas e lugares fora das cidades e uillas» (p. 108), las «molheres destado de boas villas e [...] borjesas» (p. 120), mujeres de mercaderes y artesanos, y por las criadas, hasta llegar a las mujeres socialmente subprivilegiadas: prostitutas («molheres de sandia vida»; p. 144), campesinas y pobres.

Esta especificación social en el nivel del objeto del discurso halla su correlato en el nivel de las receptoras¹⁶²; también éstas se diferencian siempre de nuevo según su estado social. Christine es perfectamente consciente de que su doctrina se ha de adaptar a los destinatarios, y lo hace constar *expressis verbis*:

porque seus estados e vidas som deferentes nos conuem fallar em deferença conuem a saber do estado hordem e maneira de sseu viuer. (pp. 106s.)

Pero la conciencia fuertemente interiorizada de las diferencias sociales no sólo se manifiesta en el sentido de que Christine de Pizan considere detalladamente las condiciones y las necesidades específicas de cada estado de mujeres y desarrolle avisos diferenciados según el papel social de las receptoras; además de ello, aflora siempre de nuevo a través del *Livro das três virtudes* una gran preocupación por la conservación del orden social. La jerarquía socio-política presupuesta se describe con todo pormenor y se defiende encarnizadamente. Ello es uno de los objetivos centrales de nuestra autora¹⁶³, que no se cansa de hacer hincapié en la necesidad de que todos se queden en su sitio y de que nadie intente elevarse sobre su propia clase. Cualquier intento de transgredir los límites del propio rango, especialmente por excesos de lujo, es pecado de orgullo y soberbia¹⁶⁴.

Tales amonestaciones, si bien dirigidas aquí a un público femenino socialmente bien definido, tienen a la vista la totalidad de la sociedad cuya jerarquía quiere conservar Christine —una preocupación típica del enfoque social que aquí se hace patente. Interesaría más averiguar cuáles son los temas particulares relacionados con la condición femenina, para formarnos una idea exacta de los factores que componen la imagen de la mujer que propone nuestra autora.

162 Ello es lógico pero no evidente. Existen tratados didácticos cuyos receptores serían los hombres, pero que se ocupan de las mujeres en cuanto objeto del discurso (cf. *supra*, I, y también nuestros comentarios acerca de las obras de Vives y Pineda, *infra*, capítulos II/7 y II/8).

163 A este respecto, cf. Wisman (1992), Lorcin (1994) y Guarinos (1995).

164 Véanse, a título de ejemplo, las explicaciones de los capítulos II/11 (pp. 111s.) o III/2 (p. 124).

Hace poco, hemos insistido en el hecho de que la mujer sea, para Christine de Pizan, en primer lugar, un ser cuyo papel dentro de la sociedad interesa orientar, y mucho menos una persona definida por el carácter de su relación con un hombre. Visto dentro de este contexto, quizá admire algo menos una de las peculiaridades temáticas más llamativas del *Livro das três virtudes*: la enorme importancia que se concede al problema de la mujer desasistida, sin hombre. En concreto, se trata de las posibilidades de sobrevivir, de conseguir sus propósitos y de imponerse que tiene una mujer cuyo marido ha muerto o está ausente. ¿Cuáles son las estrategias que Christine le recomienda?

A las viudas, despreciadas y desamparadas por los que antes tenían un trato familiar con sus maridos, amenazadas por pleitos y litigios y expuestas a las malas lenguas, se proponen paciencia, docilidad y recato¹⁶⁵. Pero no sólo: la viuda debe también defenderse, le conviene asimismo

que ella tome coraçom dhomem. scilicet. constante e forte e sajes pera auisar e pera seguir / o que lhe seja bem de fazer, Nom ja como simprez molher en gorinhandosse em choros e em lagrimas sem outra desomrra como hũu pobre cam que sse encolhe em hũu canto e todollos outros uãao sobrelle Ca por assi fazer antre vos molheres acharees assaz de jentes sem piedade que o pam uos tirariom da mão e uos julgariom a jnorantes e sinprezes [...]. (p. 131)

Este pasaje notable presenta un concepto particularmente interesante: el de la mujer con «coraçom dhomem». La viuda, cuya identidad social viene definida por elementos negativos, no debe resignarse ni rendirse a los ataques de otros sin resistencia, sino adoptar la actitud mental y el papel social de un hombre para defender sus intereses sin ayuda ajena. Christine recomienda un comportamiento decidido, esbozando así un papel para la viuda que no corresponde a las posibilidades que para ella preveían las usanzas de la época: lo normal era, en esta situación, la elección entre un nuevo casamiento y el retiro a un convento¹⁶⁶.

165 Cf. pp. 130ss.: «uos tornees a deus que [...] uos enssynara a sseerdes paçientes» y que «vos desponhaes uosso coraçom [a sseer] doçes e benjnas em pallaura e em rreuerença a toda jente / assi que por aquella via amanssees e conuertaaees os corações dos brauos». La viuda debe asimismo «guardar em todas maneiras de nom dar ocasiom de mal fallar açerca dellas em contenenças jeitos e uestidos. que deuem seer sinprezes e onestos e ssuas maneiras assessegadas. e temerosas do ffeito de sseus corpos. que njnguem nom possa em mal murmurar».

166 Para la situación de las viudas en las sociedades bajomedievales y prerrenacentistas, cf. Pérez de Tudela y Velasco (1984), Vinyoles i Vidal (1984), Opitz (1991) y los estudios reunidos en Mirrer (1992).

Pero el ideal del *coraçom dhomem* se postula también para otras mujeres que se hallen en situación análoga a la de las viudas: son las baronesas y otras señoras que deben saber cómo defenderse durante la ausencia de sus maridos. En esta situación, la baronesa, «entenda todas as cousas» (p. 107) y, más aún,

conuenlhe que aja coraçom dhomem / conuem a saber que ella nom seja criada em camaras nem em viços femeninos (p. 107).

La actitud mental masculina se presenta, pues, como calidad que puede y debe aprenderse desde un principio; calidad que no solamente consiste en el desarrollo de facultades comunicativas y en la adquisición de conocimientos acerca de las «vsanças e ordenaçoões de ssua terra» (p. 107), sino que hasta incluye la disposición a actividades bélicas:

Nos auemos dito que ella deue auer coraçom dhomem / Esto he que ella deue saber dereitos darmas e todas cousas que lhe perteeçem affim que seja prestes de dar seus liuramentos e saiba / E jssso meesmo pera defemder e combater se mester for. E sse o caso se offoreçe proueer suas fortellezas e guarneçellas se tem algũa duujda ou ante que lhe uenha. (pp. 107s.)

Otras virtudes importantes para las mujeres resultan algo menos extravagantes.

De entre ellas no puede faltar, por supuesto, la castidad; pero el tratamiento que esta virtud recibe por Christine de Pizan deja ver que por ella no se entiende lo que comúnmente se defiende en otros tratados didácticos para mujeres¹⁶⁷. Al contrario de los autores misóginos contra los que se dirige en su *Cité*, Christine de Pizan cree en una castidad natural de las mujeres; por ello, dedica grandes esfuerzos a la tarea de invalidar el reproche de la deshonestidad de las mujeres. Es, pues, completamente lógico que las advertencias que exhortan a las mujeres para que se esfuercen por ser castas sean difíciles de encontrar en el *Livro das três virtudes*. Ni siquiera el capítulo que se ocupa de las prostitutas intenta edificar a las descaminadas con amonestaciones explícitas en este sentido. La autora presupone la existencia de una castidad innata e insiste, con bastante realismo, en lo repugnante y peligrosa que resulta tal vida para las que la llevan y están expuestas al desprecio de la sociedad¹⁶⁸. También

167 Como muy bien ha sabido demostrar Claudia Probst (1993: 79-87), cuyos asertos desarrollamos a continuación.

168 Cf. pp. 144s.: «Auisae a grande çugidade da uossa maneira de biuer tanto auorreçuel / E que com jsto que sooes em na jra de Deus e o mundo tanto uos despreça que toda perssoa onesta de vos foje como de cousa escomungada e na rrua desuiam sua vista que uos nom uejam [...] que mólher des sua natureza e condiçom he onesta simprez e vergonhosa que ella possa soportar tanta desonestidade/ viuer. beuer. e comer antre homees mais vys que porcos / nem doutras jentes nom auer conheçimento que uos ferem / arrastom e ameaçom e dos qua-

el capítulo siguiente sólo habla, exactamente como su título anuncia, «louuando as molheres onestas e castas» (p. 146), y no avisando a las que no lo son. Lo más importante para la mujer es conservar la fama de la propia castidad, en peligro por las asechanzas y difamaciones de los hombres veleidosos contra los que hay que protegerse.

Otra virtud femenina muchas veces recomendada es la devoción. Hemos visto que el *Libre de les dones*, impregnado por el ideario teológico de su autor, subraya la importancia de la religiosidad en las mujeres de todos los estados. En el *Livro das três virtudes*, se constata, sin embargo, un tono más bien secular. Es verdad que capítulos como los que enseñan «amar e temer nosso Senhor Jesus Christo» y «resestir aas tentações» se hallan ya al inicio del *Livro das três virtudes*; pero tampoco tardan mucho las «emssynanças moraaes que prudencia mundana dara aa ssages prinçesa» y que se centran sobre aspectos más bien prácticos de la vida. Es cierto también que el capítulo que «deuisa das duas sanctas uidas scilicet da uida autiua e contemplatiua» declara la segunda como más valiosa; no obstante, el pasaje siguiente deja claro que la princesa tendrá muchas posibilidades de servir a Dios si elige la primera —y Christine procede inmediatamente a avisarla sobre sus deberes caritativos. Son precisamente estas obras de caridad las que constituyen el desafío más importante para la religiosidad de una princesa, y, al mismo tiempo, su manifestación más eficaz. La caridad y las actividades sociales de apoyo se presentan como campo de acción privilegiadamente femenino; cabe a la princesa ejercer la función de asistencia social profiláctica contra la injusticia y la miseria. El tema de la caridad vuelve en el capítulo que trata de la administración del dinero por parte de la princesa o reina y lleva a los temas económico-financieros que se relacionan, a su vez, con el de la conservación del poder. También estos dos complejos reciben una atención notable, sobre todo en la primera parte del *Livro das três virtudes*, donde una y otra vez se vuelve a problematizar el empleo que se debe hacer de la riqueza. Se dan consejos precisos acerca del presupuesto económico de la princesa y se le explica que el dinero será uno de sus medios más eficaces para crearse un *lobby* político y obtener fama, «booa nomeada». No menos necesaria para tal objetivo es, sin embargo, la habilidad diplomática, que puede llegar hasta la hipocresía, si menester fuere —Christine de Pizan sabe perfectamente que la princesa no se granjeará las simpatías y la solidaridad de su corte con pura amabilidad, y se lo advierte sin rodeos¹⁶⁹.

aes todollos dias uos veedes em perigos de sseerdes aquytelladas / [...] leuantaeuos e desatollaeuos da lama tam auorreçiuel e nom queiraaes mais soffrer uossas pobles almas carregadas das cogidades cometidas pellos villãaos corpos.».

169 Cf. el capítulo 16 de la primera parte del *Livro das três virtudes*, en especial, pp. 65ss.

Por este tratamiento, tan poco idealista, que reciben temas como la economía y las relaciones públicas de la mujer que reina se trasluce una visión desilusionada y desapasionada. La autora encara las condiciones y necesidades de la vida de una princesa con cierto realismo, muy diferente del que muchas veces se halla en las obras que adjudicaríamos a lo que habíamos llamado el discurso debatístico (textos misóginos) y que es de cariz fundamentalmente satírico. Aquí hallamos un realismo que estriba en una actitud pragmática frente a los problemas del mundo real y que se cristaliza en una reforzada recurrencia a lo cotidiano.

Un requisito imprescindible para la diplomacia palaciega, pero también para el cuidado de los intereses femeninos dentro del matrimonio del que hablaremos en seguida, es el empleo justo, deliberado y bien dosificado de la palabra —una facultad que las mujeres aprenden en la *escola* de las tres virtudes¹⁷⁰.

Mientras que en otros tratados didácticos se suele esbozar un ideal de la mujer callada, taciturna que nunca contesta y que, a lo sumo, habla en el marco privado, cuando nadie puede oír sus objeciones y cuando, por lo tanto, no corre ningún peligro la autoridad del marido, Christine de Pizan muestra a su público que la palabra de la mujer, usada concienzudamente, es un instrumento poderoso.

Naturalmente, también en el *Livro das três virtudes* se critican la locuacidad, el amaneramiento en el hablar, así como el exceso de gestos o mimos porque todos ellos contradicen a las virtudes de castidad y humildad. No obstante, es mayor el ahínco con el que se intenta demostrar a las mujeres cómo pueden defenderse y conseguir sus objetivos mediante el poder de la palabra hábilmente manejada. Hablando, la mujer forja una imagen positiva de sí misma; la palabra se convierte en instrumento de inestimable valor político que sirve tanto para la construcción y la conservación de su propia «boa nomeada» como para ganarse las simpatías de todos y para probar su competencia. Conviene señalar, sin embargo, que el uso de la palabra por la mujer no es, en absoluto, una exteriorización espontánea de lo que piensa o siente; por el contrario, se trata de un producto de premeditación y refinada táctica: la princesa «nom diga pallaura E em especial em lugar omde possa seer notado que primeiro nom seja examinade [sic]» (p. 57), «seja senhora de ssua propria boca» (p. 66) y «husara desto [sic] descreta disimullaçom e prudemte cautella» (p. 66) al tratar con personas de cuya lealtad no está segura.

Tan importante como en público es el uso prudente de la palabra en el marco de lo privado. Ya hemos mencionado los modelos para diálogos y para

170 Sobre la importancia de la palabra femenina, cf. Lorcín (1988) y Dulac (1992b).

una carta que Christine facilita a la gobernanta de la princesa y en los que dialécticamente se anticipan y refutan posibles argumentos contrarios. Manifiestan de manera ilustrativa el papel que se concede a la elocuencia femenina. Pero también dentro de la relación conyugal —y con ello llegamos finalmente a las imágenes del matrimonio que presenta el *Livro das três virtudes*— la mujer debe saber hablar. En el capítulo que enseña a la princesa y a cualquier otra mujer «como sse ella deue auer com seu senhor» (p. 60), no sólo se le dice que lo tiene que amar y vivir en paz con él; también se detallan las reglas que conviene seguir para conservar el amor y lograr una convivencia libre de molestias. Entre otras cosas, se le recomienda que sea humilde, que obedezca, que soporte los caprichos del marido; pero, además de todo ello,

a ssages senhora trabalhara com sages doçura de o atraher a ssi / E sse vir que he bem de lhe dizer algũa cousa. ella lho tocara a de parte doçemente e beninamente. • hũa vez o amoestara por deuoçiom • outra por piedade que deue auer della./. outra uez em ryndo como sse jogatasse com elle/. (p. 63)

La influencia que la mujer de capa social media o baja ejercerá sobre el marido mediante sus palabras puede limitarse a aplacar su ira o reconfortarlo, pero también sabrá orientarlo en la economía domestica o levantar su moral de trabajo. En el caso de la princesa, el radio de acción de la palabra abarca, además, el área de lo político: la esposa de un príncipe deberá desempeñar también el papel de consejera y *mediatrix* política, recurriendo para ello con preferencia a su elocuencia. Su actividad no se limita a funciones de asistencia social y representación del lado humano y bondadoso del poder, estrechamente relacionadas con la *caritas*. Se espera que también intervenga activamente en asuntos de interés público y que se forme una opinión propia¹⁷¹. Especialmente relevante es su posibilidad de influir a su marido y de servir de mediadora entre él y otros, para lo cual es central su dominio de la palabra: hablando con su marido, le disuade de involucrase precipitadamente en hostilidades con otros príncipes o barones, le expone los problemas del pueblo y

171 Cf. p. 59: «ella yra ao conselho nos dias pera elle ordenados • Onde teera tal maneira que assentada em ssua cadeira pareça bem senhora de todos e todos lhe ajam temor e reuerença como a senhora de gramde autoridade / E ouuira com deligença as preposições E a opeñiom de todos E teera em memoria os prinçipaaes pomtos das materias e conclusões E notara os que melhor disserem. E ssegundo as milhores openiões sse terra /. E Notara tam bem os comtrarios [sic] que causas e rrazões se podem mouer em contra./ E assi sera auisada quando ouuer de fallar 'ou rrespomder segundo o caso / que nom possa seer auuda por simprez ou jnorante./ E sse primeiro ella podesse seer emfformada do que sse auia de prepoer no consselho /. pera seer auisada do que auia de rresponder esto seria bem.».

aboga personalmente por las peticiones de éste¹⁷². Pero la princesa no sólo intenta ayudar al pueblo, garantizando el contacto entre capas sociales más bajas y el poder real, sino que también vela por los intereses de su marido (o del infante, si es viuda): trabaja por la lealtad de los vasallos y súbditos, exhortándolos a no rebelarse contra la autoridad del príncipe y negocia también entre su marido y los adversarios políticos, si ello resulta necesario¹⁷³. Es notable que la actividad política de la mujer (que pasa preferentemente por la palabra) siempre aspira al mismo fin: la paz, cuya conservación es un tema preferido de Christine. La autora sostiene que la mujer es, por su naturaleza, la defensora ideal de la paz:

os homens som per natureza de mayor coração e menos piadosos E o gramde desejo que teem de sse vingar nom lhes da lugar de oolhar bem os perygos que podem acontecer / Mas a natureza das molheres he mais temerosa e sua comdiçom mais doce. E por isso deue desejar mais a paz e trazer o homem a ella. (p. 52)

y elogia calurosamente:

Oo de quamtos e grandes bões forom causa em este mundo rainhas e príncesas poemdo pazes. amtre mortaaes jmygos e amtre príncipes e barõoes. E amtre pouoo reuellado e seus senhores de que as scripturas som cheeas. Nom ha no mundo mayor bem que a booa e sages príncesa./ been-ta he a terra que a tem / desto daria assaz denxemplos. Mas muytos escriuy no liuro da cidade das damas (pp. 52s.)

El énfasis con el que la autora insiste en el tema de la influencia que la buena esposa puede y debe ejercer sobre su marido podría inducir a pensar que los dos cónyuges serían, para Christine de Pizan, elementos pariguales dentro de una relación equilibrada. Sin embargo, las posibilidades de guiar al esposo que tiene la mujer se presentan dentro del marco de una jerarquía bien definida que se cristaliza en la obligación de obedecer al marido¹⁷⁴. Amor al marido y obediencia van juntos. La mujer no tiene otro remedio que resignarse y adaptarse:

172 Cf. los capítulos I/8 y I/9.

173 Cf., capítulos I/9 y I/22.

174 La princesa «lhe [sc. al marido] sera omildosa em todo feito e pallaura. E com reuerença lhe obedecera sem murmuração e guardara sua paz a todo seu poder segundo a boa maneira que tynha a booa rainha ester/. [...] por esto era tamto amado do sseu Señor que todo o que ella queria nom lhe era vedado.» (p. 61); de otras mujeres nobles se dice que «quanto mais se omildam a seus maridos. em onrra obediência. rreuerença e fe que ao matrimonjo se rrequere / tanto mais se acreçentara sua omrra» (p. 115).

ponhamos que o marido fosse de maaos costumes peruersso e aspero de pouco amor contra sua molher / [...] Ou que desama em amor doutra molher / ou de muytas / ally se pode veer. o ssiso e prudência da ssages molher [...] quando ella sabe esto soportar e dessimillar sagesmente [...] • Seu socorro sera a deus e trabalhara de sse poer em paz [...]. (pp. 61s.)

El amor conyugal, obligatorio para cualquier mujer, resulta también una especie de *caritas*. No se habla de emociones, excluidas del modelo de matrimonio que Christine ofrece, sino de la solicitud y del desvelo que la esposa dispensa al marido —con diferencias nítidas en la forma de la cual se manifestaría este cuidado, otra vez según la posición social y sus necesidades¹⁷⁵.

Hay otro concepto clave al que Christine recurre para definir la actitud que la esposa debe a su marido. En el mismo capítulo que insiste en la obediencia y el amor debidos, encontramos un pasaje que postula que

tam bõo nome nom pode auer algũa molher / como amar verdadeiramente seu senhor e sseer lhe leal uerdadeira que he o dereito sinal damor (p. 62)

Por *lealdade* no se entiende aquí una concordancia o compatibilidad emocional o intelectual (al contrario de lo que veremos en el capítulo sobre el *Leal Conselheiro* de Dom Duarte), sino la manifestación visible, exteriorizada, de su solidaridad con el cónyuge. Según Christine, la mujer *leal* no sólo tiene que cuidar de su propia «booa nomeada», sino colaborar paralelamente en la tarea de aumentar la honra de su marido. Importa, pues, en primer lugar, la imagen que los poderosos ofrecen hacia fuera.

Con todo, hay tres factores notables en los pasajes que Christine dedica a la relación y a la jerarquía entre los dos sexos; factores que dejan vislumbrar cierta elasticidad en la concepción de esta jerarquía. Ya hemos comentado la recurrente advertencia de que la mujer tiene el deber de orientar a su marido en el sentido de recomendarle una postura moderada en situaciones de conflicto —un aviso que relativiza hasta cierto punto el deber de obediencia. Además de ello, resulta curioso que se dedique relativamente poca atención al tema de la obediencia de la mujer. Ello se verifica, por una parte, por la brevedad de los pasajes que de ella tratan, si se considera la extensión total del texto; y, por otra parte, si se compara el *Livro das três virtudes* con otros tratados en los que la misma temática ocupa casi siempre un lugar destacado y viene discutida con muchos pormenores, ilustrada con ejemplos y transmitida

175 En el caso de la princesa, el cuidado por el bienestar físico y espiritual del cónyuge se manifiesta más bien indirectamente, por el deseo de informarse y de ejercer cierta influencia a través de las instancias competentes. El amor conyugal de la esposa burguesa, sin embargo, conlleva preocupaciones más prácticas y caseras.

en un tono muy enfático. En segundo lugar, llama la atención el hecho de que no se especifiquen el contenido y el alcance de la obediencia aconsejada —no se discute qué dominios abarca ni hasta qué punto llega la autoridad del marido.

Y dignos de unos comentarios especiales son, en tercer lugar, la legitimación y los objetivos de la obediencia que Christine aconseja a la mujer. Claudia Probst¹⁷⁶ ha demostrado muy bien que la obligación a la obediencia viene matizada y relativizada por el hecho de no legitimarse mediante una referencia a la natural superioridad del varón, con la que se explicaría el deber de obedecerle; lo que es lógico, visto que, en su *Cité*, Christine había intentado probar precisamente que tal superioridad no existe. La legitimación de tal precepto se deriva, por el contrario, de la necesidad de adquirir y de conservar la «boa nomeada» (por lo tanto, por un objetivo político-pragmático), y de la humildad y paciencia propias de las mujeres (una deducción *e positivo*); además, se les advierte, otra vez con nítido pragmatismo, que la obediencia trae ventajas muy concretas a las esposas, aunque tal vez sólo sea después de la muerte del marido¹⁷⁷. Todo ello muestra, a nuestro entender, que Christine de Pizan, aun no impugnando la jerarquía intramatrimonial establecida, le atribuye importancia apenas por tratarse de un elemento que hay que defender por razones prácticas, políticas, y no por ser una verdad incontestable¹⁷⁸. Así se relativiza, en el enfoque de Christine, un tema que en otros autores se convierte en verdadera obsesión.

Hasta aquí, los aspectos tematizados en los pasajes del *Livro das três virtudes* en los que se habla explícitamente del matrimonio. No deja de ser interesante, de hecho, que sólo la primera de las «sete prinçipaaes ensynanças de prudência que som neçessarias a toda prinçesa que ama e deseja onnrra» (p. 60) trate específicamente de las necesidades del matrimonio, mientras que éste, por lo demás, se prevea como posibilidad mencionada *en passant* o sin indicación expresa.

Christine tampoco se toma la molestia de discutir con pormenor el valor del matrimonio. Sólo en el capítulo sobre las viudas habla sucintamente de las ventajas y de los inconvenientes de la vida conyugal, llegando a una valoración nítidamente negativa, motivada sin duda por el contexto argumentativo

176 Cf. Probst (1993: 94-104).

177 Cf. el primer capítulo de la tercera parte, y sobre todo p. 121

178 Lo demuestra el hecho de que la autora niegue claramente, en otro texto, que exista una jerarquía preestablecida entre el varón y la hembra. En la *Cité* (I/9, p. 652) leemos: «ne la haulteur ou abaissement des gens ne gist mie es corps selonc le sexe, mais en la perfeccion des meurs et des vertus.».

(se trata de la cuestión de si la viuda debe o no volverse a casar). En este caso, la opinión de la viuda Christine es palmaria:

se fosse assi que na uida do casamento ouuesse todo rrepouso e paz que verdadeiramente seria siso aa molher. de sse tornar ao casamento / Mas porque se vee todo o contrario o deue muyto reçar toda molher. posto que aas mançebas seja cousa como de neçessidade / ou muyto conueniente. Mas aaquellas que am ja passada a mançeba jdade e que assaz ham de sseu / nem a pobreza nom as costranje. Jsto he toda sandiçe. (p. 133)

Se corrobora, pues, un punto de suma importancia: en el *Livre des trois vertus*, el matrimonio está presente como hipótesis, pero el papel de la mujer no se desarrolla a partir de las necesidades del marido o del matrimonio, sino independientemente de estos dos parámetros. Para Christine de Pizan, la mujer debe organizar su vida según lo que haga falta en la situación concreta y real, como miembro de la sociedad y no como persona condicionada por su estado civil. Esto constituye una nítida diferencia frente a las posiciones que defienden los textos vistos hasta ahora. Aquí, la mujer se enfoca como ser relativamente autosuficiente, como persona responsable por sus actos dentro del contexto social y político mayor, como elemento del orden social y no solamente de la familia o del matrimonio cuyo representante social sería el marido. La poca importancia atribuida al matrimonio es un indicio de que la autora perseguía un proyecto didáctico con aspiración global, y quería, efectivamente, presentar un libro que preparase a las mujeres para todas las situaciones vitales. Entre éstas puede figurar, es cierto, la vida marital; pero no es la única posibilidad ni la más importante.

Christine de Pizan presenta, en primer lugar, estrategias de adaptación para las mujeres: no les recomienda que se rebelen, sino que aguanten la situación que el destino les depara y que busquen amparo en Dios. Ello vale especialmente para el comportamiento de la mujer casada frente a su marido; en aspectos independientes del matrimonio, la adaptación a las circunstancias que Christine defiende no sólo o no siempre se manifiesta en «soportar e des-simillar sagesmente» (p. 62), sino que incluye, como hemos podido ver, una reacción activa. De todas formas, cualquier aviso que Christine facilita a sus lectoras, tiene como finalidades principales el buen funcionamiento de la sociedad y la conservación de la paz; por ello protesta contra todo intento de sublevarse contra el orden social establecido, recomienda obediencia y paciencia a las mujeres y las amonesta también contra otros vicios, en vez de incitarlas a la oposición. Sólo así puede la mujer llevar una vida soportable, y sólo así puede funcionar la comunidad sin dificultades: una actitud sumamente pragmática.

En el *Livro das três virtudes* se evidencia asimismo que Christine es muy consciente de la necesidad de detallar y especificar sus consejos según las lectoras que le interesan: ello se verifica, en primer lugar, por la estructura del texto, que distingue a las mujeres según las capas sociales a las que pertenecen; en segundo lugar, por la riqueza en detalles de la esfera real y cotidiana que afloran una y otra vez, y que confieren una mayor concreción a la doctrina transmitida; por último, también por el hecho de que el contenido de las amonestaciones se especifica a veces según el público al que se dirige, tal y como lo habíamos visto, por ejemplo, en las indicaciones específicas según las cuales se tendría que manifestar la *caritas* de las esposas, o en las diferencias respecto a la índole de la influencia que la mujer deberá ejercer sobre su marido. También esta concienzuda exactitud en los avisos forma parte del pragmatismo de nuestra autora: en el *Livro das três virtudes* no encontramos disertaciones teóricas, ajenas a la realidad, sino instrucciones precisas que hacen justicia a las necesidades de la vida cotidiana.

Si intentamos delimitar el dominio temático en el que se inscribe el *Livro das três virtudes*, vemos que se centra sobre aspectos parciales de los papeles y de la relación de los sexos que cuentan con una larga tradición en la literatura didáctica. Son los asuntos característicos del enfoque económico los que predominan; al mismo tiempo, no están ausentes las preocupaciones típicas del discurso social: temas como el de la caridad o el de la necesidad de evitar rivalidades y riñas (que se hace más fuerte cuando se baja en la escala social) denuncian una perspectiva que se interesa por el funcionamiento de la comunidad.

La combinación de estos dos enfoques, el peso dado a la disquisición de las necesidades de la vida diaria y la falta de cuestiones teológicas confieren al *Livro das três virtudes* una orientación predominantemente secular. Llama la atención, asimismo, la casi completa ausencia de argumentaciones o posiciones relacionables con la *querelle des femmes*. En nítido contraste con la *Cité des Dames*, Christine de Pizan ya no interviene en discusiones acerca del valor de la mujer y/o del matrimonio: cambiando de perspectiva, pasa de lo valorativo y dialéctico al didacticismo práctico. Para la lectora portuguesa que no tiene acceso a la *Cité*, el *Livro das três virtudes* se presenta completamente desligado del discurso debatístico, llegando a ser un doctrinal más pragmático que el original francés, puesto que los enfoques económico y social ya no se basan en la premisa de un tratado anterior bajo el signo de otro enfoque.

El *Livro das três virtudes* es un texto didáctico que se dedica a una princesa a la que intenta preparar para las responsabilidades de una vida social y

política bastante peculiar; al mismo tiempo, sin embargo, se dirige a otras mujeres que también tendrán que saber cómo enfrentarse a situaciones difíciles. La función didáctica viene, pues, determinada y especificada asimismo por el público al que la autora aspira. Por otro lado, queda patente que la biografía de la autora misma influye sobre la doctrina facilitada por el texto: las vivencias propias orientan la instrucción y constituyen el fondo sobre el que se basan las argumentaciones. La práctica se sobrepone a la teoría. La autora, que no puede reivindicar la formación científica institucionalizada de que disponen otros intelectuales, tiene que guiarse por la realidad, ya que sólo así, recurriendo a sus propias experiencias vitales, puede legitimar su autoridad.

La función didáctica prevista para el *Livro das três virtudes* y el pragmatismo de Christine se reflejan en la elección de los temas, y muy especialmente en el peso que otorga a algunos asuntos particulares, considerados de mayor importancia para las situaciones que el texto contempla. Por otra parte, la misma función también se refleja en la escritura y en la elección del mismo marco alegórico que en la *Cité*, con lo que no solamente indica una coherencia temática, sino que también sirve como herramienta retórico-didáctica idónea para sus fines.

Si Christine de Pizan había escrito, con su *Livre de la Cité des Dames*, un texto que forma parte de la riquísima tradición discursiva debatística que se propone emitir juicios valorativos acerca de la mujer y del matrimonio, en su *Livre des trois vertus* con sus traducciones portuguesas *Livro das três virtudes* y *Espelho de Cristina* domina el discurso económico sobre el matrimonio, tal y como ya había sido el caso en los cinco textos que hemos analizado hasta aquí. El enfoque se centra sobre el papel socioeconómico, incluso político, de la mujer, con la particularidad de que se parte de una perspectiva que contempla en primer lugar a un sector social muy limitado (las mujeres que reinan), para ampliarla después y considerar asimismo a otras capas sociales. Por los temas tratados y por las aseveraciones de carácter normativo se manifiestan diversas coincidencias con los textos anteriormente tratados. Sin embargo, vemos una diferencia notable: mientras que los autores considerados hasta aquí intentan disciplinar y refrenar a la mujer, regulando su comportamiento, Christine quiere enseñarle cómo adaptarse y aprovecharse de las posibilidades que tiene. Es cierto, la ayuda que la autora ofrece a las otras mujeres no consiste en una exhortación a la resistencia o a la rebelión; con una actitud muy pragmática, insinúa que podrán sacar lo mejor de su situación si se resignan y arreglan con las restricciones que sufren, intentando ejercer su influencia cuando y donde puedan esperar tener éxito. Tampoco se trata de amonestar a

los hombres para evitar abusos de poder o malos tratos ni de informar a las mujeres sobre los límites del dominio de los varones; la autora orienta a sus lectoras sobre las posibilidades de conseguir sus derechos, de intervenir, de oponerse en ciertos casos, pero también sobre la conveniencia de protegerse —si bien nunca se pone en tela de juicio que se queden en su sitio.

Que esto no sea lo que el mundo actual, y, con él, sus críticos, entienden por «feminismo», es tan incontestable como la improcedencia de querer aplicar tal concepto sin más a una autora de la Baja Edad Media y juzgarla por su «conservadurismo». Al revés, dentro del contexto ideológico de su tiempo, y, más concretamente, dentro de la tradición de la literatura didáctica sobre el matrimonio y los papeles de los sexos en aquella época, las posiciones de Christine no dejan de ofrecer una perspectiva novedosa —cuya envergadura se hará aún más clara cuando la contrastemos, al final del capítulo siguiente, con el segundo de nuestros espejos para *señoras generosas*.

